

con mi serenata; creyeron algunos que yo iba á oros en semejante juego, pero al descubrir el mio vieron que mis cartas eran blancas, y que los versos que hago á las hermosas, siquiera sean emperatrices, están mas que imperialmente recompensados con el honor que ellas les hacen al aceptarlos. Esto es todo: y como todo esto no forma historia y queda reducido á que yo hice una serenata á la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, porque tal era mi deber, y S. M. recibió mi manuscrito porque yo se lo presenté, único objeto con que fué puesto en sus hoy imperiales y siempre nacarinas manos, y único favor á que mi composicion aspiraba, esquivé yo la cuestion de su historia, para no quitar al general Baez la ilusion que algun amigo de lo maravilloso y poético pudo hacerle formar sobre un hecho tan sencillo. Así es que ahogada felizmente por el brindis la memoria de la serenata, sirviéronnos el vivificador café de las Antillas: y como yo que soy muy nervioso me veo obligado á privarme de él, mientras mis amigos con no poca delicia le saboreaban, salíme al aire libre del mirador y me puse á contemplar á través de las espirales del humo de un habano veguero, el bello panorama del puerto de Santo Tomás, cuyo variado horizonte cierran en torno sus siempre verdes y pintorescas montañas; y á poco sumiéndose mi alma en la distraccion melancólica que produce generalmente en las creyentes ó enamoradas la contemplacion de la naturaleza, se dió la mia á vagar por el espacio, perdiéndose con mis pensamientos en el abismo de mis recuerdos.

.....  
A las seis de la tarde nos despedimos con pesar del ge-

neral Baez, pues no podiamos arriesgarnos á dormir en tierra, porque la actividad del agente de la compañía inglesa habiendo puesto en juego todos sus recursos para abastecer de víveres y carbon nuestro buque, nos hizo prevenir que estaria pronto á hacerse á la mar á la media noche. Abrazamos pues al general y volvimos á la fonda. Pensábamos hallar á nuestros compañeros algo mohinos y descontentos por sus comidas y sobre todo por sus precios: pero con no poco asombro nuestro les hallamos alegres y repletos, cantando al rededor de una mesa cubierta de botellas vacías, y de abundantes frutas y postres á los cuales no habian podido dar fin. Pedímosles nuevas de su ventura y supimos que su almuerzo y su comida habian sido servidos con la misma esplendidez, esmero y economía que en cualquiera de los buenos hoteles de la civilizada Francia. Así es siempre la fama en boca del vulgo, embustera y calumniadora, y dice bien el refran:

Nunca es tan fiero el leon  
Como la gente lo pinta.

La Isla de Santo Tomás tiene ni mas ni menos los mismos inconvenientes y riesgos que todas las islas del mundo: y en cuanto á insalubridad, no son menos peligrosas para los americanos nuestras pulmonias que su vómito para los europeos. Los locos repúblicos y de gobierno, como llama Quevedo á los arbitristas y como podemos hoy llamar á nuestros fanáticos por la política, hallan insoportable la residencia en la Isla de Santo Tomás, porque no ofrece suficiente campo para conspiraciones y pronunciamientos: los agiotistas porque no hay en ella ágio que revolver, valores imaginarios que cotizar, ni tontos cuyos dineros cambiar por títulos

y acciones que les dejan sin acción y sin blanca; las coquetas y los leones de Londres y de París, porque no tiene *boulevares*, teatros, parques, ni bosque de Boloña: los mercaderes porque siendo estación de paso no tienen tiempo de abrir sus cajas, ni ocasión de vender sus géneros: pero los pintores y los poetas la hallan bellísima por sus pintorescos puntos de vista, brillantemente iluminados por una luz pura y trasparente que se refleja en un mar tranquilo y azul, rodeados de un aire de cristalina limpidez, y cubiertos por un firmamento vívido y aterciopelado; y yo guardaré toda mi vida el agradable recuerdo de esta Isla, por haber en ella visto y gozado por la vez primera la exuberante vegetación y la rica y edénica naturaleza de las Américas, donde se revela la grandeza, la magestad y la poesía de Dios, á quien pedí siempre que me dejara visitar los bosques seculares, las volcánicas montañas y los opulentos valles de sus continentes, y los floridos pensiles de sus islas. Tal me pareció á mí la Isla de Santo Tomás, aunque tal no le haya parecido hasta ahora á ningun otro Europeo.

Cerró la noche: una de esas noches sin luna de las Antillas, en las cuales la luz de las estrellas rodea los objetos de una aureola nacarada, que no deja á las tinieblas posesionarse completamente de la tierra con su densa oscuridad. Mis dos amigos y yo, deseando prolongar el placer de la existencia de pereza y voluptuosidad que en estos países se goza, nos propusimos dar un paseo por la bahía antes de encerrarnos otra vez en nuestros camarotes del Paraná. Tomamos un bote con dos remeros negros, y nos lanzamos muellemente sobre las ondas. El mar estaba tranquilo como un estanque; los balcones y miradores de la población,

profusamente alumbrados y abiertos sobre la mar, derramaban sobre el puerto su claridad fantástica, sobre la cual se destacaban las inquietas figuras de los que en sus aposentos paseaban, en sus descubiertos corredores comían, y bailaban en sus salones. La música de sus danzas, el rumor de sus festines, y los cantares de los doscientos negros que lastraban de carbon el Paraná, llegaban á nuestro oído resbalando sobre las ondas, despertando su eco mil veces roto en todas las colinas y repetido mil veces en todas las cañadas. Sobre el fondo del firmamento se destacaban mecidas dulcemente por las brisas ó por las olas los esbeltos masteles de los buques anclados y los pomposos abanicos de las palmas y de los plátanos que coronaban las colinas. Nos acordamos de Nápoles y de Venecia: Baralt, cuya erudición es vasta y cuya memoria es envidiable, recitó las octavas del Tasso que cantan los gondoleros del Lido en su dialecto dulcísimo: y recordó las barcarolas de los pescadores de Amalfi; yo que perdí mi corazón á los diez y siete años en un valle desconocido de una provincia de Castilla la vieja, y que volví á encontrarle á los treinta y seis en un elegante camarín, cuyos balcones se abren sobre un boulevard de París, no tenía palabras con que espresar la emoción que me causaba el placer de aquella noche de libertad é indolencia bajo los trópicos, y dejaba en silencio correr las lágrimas por mis mejillas, y volar mi pensamiento hácia aquella casa donde hallé mi corazón. Baralt y Delmonte, viendo que yo no hacía coro á sus barcarolas, callaron también; ellos cantaban alegres porque tal vez pensaban hallar en los jardines de Cuba lo que yo sentía dejar entre las nieblas de París.

Como nos halláramos ya casi á la boca del puerto, del cual no podíamos salir á semejante hora, los negros cesaron de remar aguardando nuestras órdenes. Entonces llegó á nuestros oídos la voz de un hombre que cantaba sobre la mar, sin duda en otro bote que á poca distancia nuestra vogaba, y del cual solo percibíamos la luz de una linterna que en su popa lucía. Escuchamos atentamente y oímos que la voz cantaba en español, acompañándose con una guitarra, esta melancólica balada:

Los pensamientos que me entristecen  
¿De dónde vienen? ¿á dónde van?  
En mí germinan y en mí fenecen  
Y de mí mismo nunca saldrán.

    Mi fé alimento  
Sin esperanza:  
En mí la siento  
Siempre brillar,  
Y un pensamiento  
No mas alcanza  
Con rayos trémulos  
A iluminar.  
Esta memoria  
Sin esperanza  
Es una historia  
Sin acabar.  
A esta memoria  
Sin esperanza  
Dentro de mi ánima  
Labré un altar.

    Mas los pensamientos  
Que creó mi afán,  
Yo sé de dó vienen,  
Yo sé donde van.

    Id, pensamientos  
Que el alma lanza,  
Cruza los vientos.  
Salvad el mar;  
Mi pensamiento  
Sin esperanza  
A mi amor místico  
Id á llevar.  
Mi pensamiento  
Como las olas  
En incremento  
Va sin cesar;  
Y ni un momento  
Ceso á mis solas  
Sus ondas móviles  
De ver rodar.

    Mas mis pensamientos,  
Que á matarme van,  
A la par conmigo  
Pronto morirán.

Calló el que cantaba, y yo que conocía aquella voz, aquella música y aquella canción, mandé á los negros que abordaran el bote donde el desconocido cantor la entonaba. Remaron ellos con precaución para no ser sentidos por los del

iluminado esquite; mas volviendo á comenzar la música, volví yo á detener á nuestros remeros, y volvimos ya mas de cerca á oír la voz que cantaba:

Tomó un esposo la golondrina  
Y un nido en Túnez le construyó:  
Llegó el verano, y á la vecina  
Costa su esposo se la voló.  
Y ella dijo entónces:  
“Pues su esposa soy,  
A mi esposo busco, tras mi esposo voy.”

Pasóse á España la golondrina;  
Solo en Marbella su esposo halló,  
Y en una torre del mar vecina  
Un nuevo nido le fabricó.  
Y dijo: “yo le amo,  
Y pues suya soy,  
Con mi amor me vengo, con mi amor me voy.”

Un nido en Túnez la golondrina  
Y otro en Marbella se construyó,  
Y en nuestra costa y en la vecina  
Casa y esposo siempre encontró.  
Yo que enamorado  
Como aquella estoy  
Tras mi amor me vengo, tras mi amor me voy.

De Africa viene la golondrina  
Buscando el nido que abandonó,  
Y á Africa vuelve la peregrina  
Dejando el nido que fabricó.

Y dice, su esposo  
No hallando en él hoy:  
“Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.”

De Africa á España la golondrina  
Tras su amor vuela que se perdió:  
Ni en nuestra costa ni en la Argelina  
Volverá á hallarle porque murió.  
Y ella vuela y dice:  
“Mientras viva estoy,  
Tras mi esposo vengo, tras mi esposo voy.”

A Africa fuése la golondrina  
Mas ¿qué fué de ella que no volvió?  
Cansóse, y presa fué de Argelina  
Nave corsaria dó se posó.  
Y dice en la jáula  
Do la tienen hoy:  
“Ni sé donde vengo, ni sé donde voy.”

Cesó la voz y volvimos á remar hácia el bote de donde salía, y hácia el cual nos guiaba su luz; mas los que le montaban nos apercibieron sin duda, y la apagaron: hicimos fuerza de remos, pero mejor ayudado de los suyos que el nuestro, se alejó de nosotros el bote ganando mar: seguimosle cuanto espacio pudimos, mas le perdimos muy pronto en las tinieblas, perdiéndose él entre los buques surtos en el puerto; tomamos nosotros el mismo rumbo, y abordamos el Paraná. Eran las once de la noche: todos dormian en nuestro buque: los negros solos continuaban

lastrándole al són de sus coreados cantares. Díjonos el vijia que no podriamos partir hasta el dia siguiente, porque los negros no acabarian su faena hasta el amanecer. Cansados de los placeres del dia ganamos nuestros camarotes. El mio se abria sobre babor; quise contemplar aún el mar desde su lucerna; pero me cerraba la vista la goleta que debia partir para la Guáira, la cual anclaba á pocas varas de distancia del Paraná. Acostéme preocupado con el recuerdo del misterioso cantor y de mis versos por él cantados, y arrullado por el coro de los negros no tardé en quedarme dormido: mas el rumor de sus tristes y monótonas canciones, que conservan aún algo de su origen africano, y el de sus pasos que crugian sin cesar sobre el techo de mi camarote, me tuvieron por largo tiempo en una especie de insomnio entre el sueño y la vigilia. Abria de cuando en cuando los ojos y percibia por mi lucerna la ligera arboladura de la goleta que junto al Paraná se mecía, y resonaba confusamente en mis oidos el cantar de los negros que aún trabajaban: otras veces soñaba con los recuerdos que en mí escitaban las exteriores sensaciones: ya que atravesando los arenales de Fez sentia tras mí el galope de los caballos de los beduinos que me perseguian: ya que sentado sobre los piés en un café de Mequinez, me adormia el murmullo de las suras del Koran y las Kásidas de Hariri, recitadas por una almée, al són de la guzla y el tarabúk. Poco á poco, la rebelde imaginacion vencida al fin por la exigente naturaleza, fuéronse mis sentidos rindiendo al sueño y la inquietud de mi alma cedió al fin á su tenebrosa tranquilidad sumiéndose en la sima de su olvido. Cuando á la mañana siguiente subí á la cubierta del Para-

ná, la goleta que iba á la Guáira se daba á la vela para su destino, y vegaba ya casi á la boca del puerto; desde su popa me saludó, en el momento en que llegó á apercibirme, aquel jóven misterioso y simpático cuyo bote adelantó al mio al desembarcar en Santo Tomás y que para la Guáira partía. Apresuréme á contestar á sus repetidos besamanos de despedida, y aún me hilaba yo los sesos discurriendo y sin dar en quien fuese, cuando vino á darme la esplicacion de todo una carta y un legajo de papeles que me entregó el *timonel* del Paraná diciéndome: "aquel amigo de vd. que va á la Guáira me encargó que diese á vd. esto, cuando ya se hubiera dado á la vela."

Abrí la carta y desaté el legajo que con un cordon de seda venia sujeto. . . . y aquí, mi querido Torres, me permitirá vd. que corte por aho a nuestra correspondencia en prosa, sustituyéndola con la doble **HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES**: cuya relacion y la carta que la sirve de prólogo, explicarán á vd. y á todo curioso que me leyere, la relacion que existe entre el jóven que navega en la goleta de la Guáira y las rosas de mi libro, y las razones que me asisten para plantarlas á continuacion de esta correspondencia.

Adios pues, mi querido amigo, y plegué á Dios que los centenares de versos que siguen, indemnizen á vd. del mal rato que temo haberle dado con la difusa y amarga prosa que antecede.